
CAPÍTULO III.

La berlina misteriosa.

Verdaderamente para un inglés resuelto á morir debe ser caso de profunda desesperacion deberle la vida á un yankee M.... Black, anticipándose á buscar la muerte en las mudas soledades del espacio, despidiéndose de sus amigos ántes de emprender tan largo viaje, cerraba sin duda el camino á la empresa de lord Walbrook. Despues del relato que hemos leído en el periódico de Nueva-York, el intento de nuestro inglés carecia de originalidad, quedaba despojado de la gracia necesaria para causar en el mundo el efecto apetecido, y no habria pasado de ser una imitacion deplorable, que no hubiera sorprendido á nadie.

¿Pero no habria otra manera de salir del

paso con mayor brillantez?..... ¿No habria otra muerte más digna, más ática, más nueva, más excéntrica, más sorprendente, más espiritual, que levantára sobre la fama de la gran república el nombre glorioso de la Gran Bretaña?.....

No; lord Walbrook no encontraba otra; su idea rayaba en los últimos límites del ingenio humano, pertenecía á lo más sublime del arte, y era imposible encontrarle sustitucion á su malogrado pensamiento. Todo nuevo proyecto, por feliz que fuese, tendria siempre un terrible escollo y quedaria oscurecido ante la novedad del suceso de Nueva-York. Era, pues, preciso vivir á lo ménos por algun tiempo, miéntras no se dispára la gloria del yankee, que extendian por el mundo las hinchadas trompas de la fama.

Lord Walbrook aplazó su muerte y emprendió nuevos viajes, llevando en su pensamiento la idea fija de morir en la ocasion más oportuna, jurándose á sí mismo que viviria miéntras no encontrára la muerte más original que han podido presenciar los siglos pasados, y que habia de ser admiracion del

siglo presente y asombro de los siglos futuros.

Reservando su existencia para ese momento sublime, trató de ponerla á cubierto de toda clase de peligros y se rodeó de todas las precauciones necesarias para asegurarse una larga vida, porque le horrorizaba la idea de vivir, pero lo llenaba de espanto la idea de morir vulgarmente como mueren los simples mortales. Se sujetó á la más rigurosa higiene, y siendo la muerte su idea fija, no pensó más que en la vida.

Aprendió, no sé dónde, que así como los viajes robustecen el entendimiento con la savia de nuevas ideas, abriendo á la imaginacion nuevos y dilatados horizontes, la conveniente variacion de aires, de aguas, de climas, de costumbres y de alimentos, fortalecen la salud renovando la vida, y se constituyó en una especie de sér ambulante, buscando siempre, por supuesto, una muerte modelo.

El trato íntimo y continuo con los hombres le pareció ocasionado á lances desagradables, y expuesto á peligros que queria evi-

tar á toda costa. En cuanto á las mujeres, se puso de ellas á muy respetable distancia, considerándolas mucho más peligrosas que los hombres para el caso forzado en que se hallaba de alargar la vida. Así es que se redujo á una soledad inalterable. Hablaba poco, comía bien, bebía mejor, paseaba mucho y dormía perfectamente; pero siempre solo, aislado como sér que está de non en el mundo, solo con su pensamiento.

Por distraer los ocios de su vida solitaria se empeñó en reunir una especie de museo vivo de todos los tipos que dan forma á las diferentes especies de seres que viven dentro de la naturaleza. Pronto consiguió los cuatro tipos cardinales de la especie humana: el negro de África, el cobrizo de América, el amarillo de Asia y el blanco de Europa.

Sobre esta base habia ido formando una coleccion de tipos que empezaba en el hombre blanco y seguía en diferentes especies de animales domésticos, y ampliando poco á poco su pensamiento, aspiraba á formar la serie completa con tipos de las especies salvajes. Pretendía hacer de su palacio una espe-

cie de arca de Noé, en la que pudieran admirarse los modelos de las distintas razas de animales, tal y como él creía que debieron existir en el Paraíso.

Se habia propuesto realizar un imposible, pero las mismas dificultades que se le ofrecían excitaban su tenacidad; mas la coleccion adelantaba poco, pues cuando adquiría el tipo de una especie, se le moría el tipo de otra, porque la gracia era reunir la coleccion viva; la vida era su manía.

Este personaje apareció en Madrid en el momento en que la fama de *Bel-Khrer* llegaba á su apogeo; é inmediatamente el notable lord comprendió que un caballo árabe de pura raza era indispensable á su coleccion, tanto más, cuanto que no habia podido aún adquirirlo á su gusto.

Al ver que *Bel-Khrer* obtenía el premio de la carrera venciendo á su yegua Ofelia, sintió mortificado su orgullo de lord, no por no ser dueño de tan hermoso caballo, sino porque un caballo árabe hubiese vencido á una yegua inglesa; porque África aparecía vencedora de Inglaterra se avivó en su áni-

mo el deseo de adquirir el caballo victorioso á cualquier precio.

Sabía que su dueño se negaba á venderlo, y que habia rechazado cuantas proposiciones se le habian dirigido; pero un inglés no retrocede en sus empeños por insuperables que sean los obstáculos que se le opongan, y decidió probar fortuna.

El aislamiento de su vida lo tenía alejado del gran mundo, en el cual, sin embargo, vivia; era conocido en todos los círculos; sus trenes, sus magníficos trenes, eran señalados con el dedo; mas no trataba á nadie, y su tarjeta solamente se habia cruzado con la del honorable sir que á la sazón representaba en Madrid al gabinete de San James.

Su casa era verdaderamente un palacio encantado, cuya soledad y cuyo silencio traía inquietas á las gentes curiosas, pues creían que detras de aquellas paredes silenciosas y de aquellas persianas perpétuamente caídas habia de suceder algo; la seriedad de los criados era más impenetrable que los muros de la casa.

Envuelto en un ligero abrigo, con las ma-

nos echadas á la espalda, pálido y rubio, con semblante impasible, se le veía muchas veces recorrer solo y á pié los sitios más retirados, andando largas distancias; preferia el campo del Moro á la Fuente Castellana, y el puente de Toledo á los jardines de Recoletos. Sobre todo, preferia los lugares solitarios.

Salía casi todas las tardes de su palacio una elegante berlina, ligera como una pluma, movida por dos arrogantes caballos *pur sang*. Esta berlina llevaba siempre los vidrios echados y corridas las cortinillas, de manera que era imposible ver quién iba dentro. En esta forma atravesaba las calles y penetraba en los paseos públicos, y como los demas coches, daba sus correspondientes vueltas corriendo al gran trote desde la Fuente Castellana al paseo de las Delicias. Siempre se la veía en las horas de más concurrencia. Se le llamaba la berlina misteriosa.

Se tenía por cosa averiguada que no era el inglés el que se dedicaba á estos paseos de tan riguroso incógnito, pues se le habia visto á pié ó á caballo en sitios retirados, al mismo

tiempo que la berlina perfectamente cerrada corria por Recoletos.

Se habia inquirido por el secretario de la embajada inglesa que tan curioso, solitario y mudo personaje era lord..... lord Walbrook, inmensamente rico, algo excéntrico y completamente soltero. Ninguno de estos datos daba luz acerca del misterio de la berlina, y se hicieron diversas suposiciones, conviniéndose en que la persona que se ocultaba en la berlina debia ser una mujer.

¡Una mujer!..... ¿Y por qué tan extremado recato?..... ¿Sería el inglés celoso como un turco? En tal caso, ¿cómo la dejaba pasar sola, encerrada en la berlina, al través de cuyos vidrios, cubiertos con impenetrables cortinillas, veria indudablemente más de lo que acaso conviniera á la tranquilidad del celoso lord, porque el peligro de las mujeres no está tanto en que sean vistas como en que ellas vean?

Debia atribuirse el misterio de la berlina á otra causa más admisible, porque, á mayor abundamiento, el aspecto frio, reservado, impasible, indiferente del inglés rechazaba

la idea de toda pasion viva y ardiente, capaz de despertar en el alma la tempestad de los celos. Era posible, pero no era probable, y se tuvo por más verosímil la suposicion de que habia en ello, no la desconfianza de un amante celoso, sino la extravagancia de una mujer caprichosa.

¿Sería tan extremadamente bella, que se ocultaba por sustraerse á la admiracion impertinente de la multitud y á las atrevidas tentativas de los seductores? Las mujeres rechazaban semejante suposicion por increíble, sosteniendo que más bien podia ser lo contrario; esto es, que fuese horrorosamente fea. Mas los hombres no pasaban por eso. Despojar á aquella mujer del atractivo de una rara hermosura, era quitarle al secreto todo su encanto, y cada uno, segun su gusto, queria disfrutar el placer de imaginársela á la medida de su deseo.

Pero en fin, fea ó hermosa, á las personas sensatas no les parecia motivo suficiente para que se escondiera con tanta obstinacion. Podia ser una mujer que hubiera abandonado á sus padres, que se hubiera escapado de la

casa de su marido; tal vez de algun establecimiento penal, acaso de algun convento; y claro está, se ocultaba huyendo del marido ultrajado, del padre ofendido, de la ley burlada ó de sus propios votos violados. Pero aún así, su mismo recato la vendía; haciendo alarde del misterio en que se encerraba, se exponía á las más vehementes sospechas, y no era en verdad modo seguro de ponerse á cubierto de la persecucion que pudiera intentarse contra ella.

Ademas, si era una persona notable, su evasion sería conocida; porque en estos tiempos de publicidad no hay deshonor, debilidad ni crimen que no le dé la vuelta al mundo en alas de la fama, no precisamente por lo que tengan de escandalosos, sino por lo que tienen de interesantes. Las columnas de los periódicos no se llenan diariamente con narraciones de ese orden de sucesos para que el lector se indigne ó se avergüence, sino más bien para que se divierta y se distraiga. La crónica escandalosa viene á ser la literatura amena de los periódicos que buscan el pingüe favor del público, sediento de saber lo que pasa en

el mundo. Mas hé aquí que en la ocasion en que nos hallamos no habia noticia de suceso alguno que comprobára la probabilidad de que la mujer de la berlina misteriosa fuese el personaje dramático de esta ó la otra aventura.

Si era una mujer vulgar, de origen oscuro, elevada á la opulencia por un capricho del lord, ¿qué interes habia de moverla á ocultarse de ese modo? Las mujeres vulgares no son las que se ocultan; son más bien las que se descubren.

En medio de la confusion de tantas suposiciones afirmadas y contradichas, se levantó una voz que dijo:

—Y bien, señores. ¿De dónde han sacado ustedes..... en qué dato fundan, en qué averiguacion se apoyan para dar por cosa segura y cierta, fuera de toda duda, que es una mujer la que se encierra todas las tardes en la berlina misteriosa?

La observacion cogió tan de improviso, que nadie acertó á replicar, porque, en efecto, no habia ninguna razon seria con que contradecirla. No obstante, pasados los prime-

ros momentos de la sorpresa, algunos dijeron :

— Es más probable que sea una mujer y no un hombre.

Pero á esto replicaron otros, diciendo :

— Es igualmente probable.

Dividiéronse los pareceres en este punto. Quién sostenía á capa y espada que era mujer y que no podía ser otra cosa..... Quién creía á puño cerrado que era hombre..... Quién, en fin, indeciso entre ambas suposiciones, pensaba y sostenía que lo mismo podía ser una cosa que otra.

Llegóse á decir por los primeros, en apoyo de su parecer, que era la misma reina Victoria en persona, que viajaba de verdadero incógnito, y daban fundamento á esta especie, añadiendo que el Embajador de Inglaterra se sonreía de un modo muy particular siempre que se le sacaba la conversacion de la berlina misteriosa, tenazmente cerrada é impenetrable como un secreto de Estado.

Los de opuesta opinion negaban redondamente la suposicion, sosteniendo que el verdadero personaje de la berlina era el príncipe

de Gáles, que habia adoptado aquella forma de riguroso misterio para estudiar reservadamente el carácter y las costumbres de España sin pasar por el fastidio de los honores debidos á su rango; sosteniendo que esa manera de viajar era más propia de un príncipe que de una reina.

En fin, muchos vacilaban entre ambas suposiciones, reconociendo que en efecto, podian ser indistintamente la madre ó el hijo.

Ya se ve, los criados vestidos siempre de rigurosa etiqueta, el respetuoso y hasta augusto silencio que reinaba en la casa..... lo inaccesible de aquellas puertas, que nadie habia conseguido atravesar, y el aislamiento calculado y sistemático de lord Walbrook, que huía de todo trato, hacian presumir que dentro de su palacio se hospedaba un ilustre personaje, que podía ser la reina Vitoria y que podía ser el príncipe de Gáles.

En esto una nueva voz circuló, dejando suspensos todos los ánimos y deteniendo el vuelo agitado de tantas suposiciones.

La voz decía :

—Señores, estamos tocando el violon á cuatro manos..... Somos unos botarates sin pizca de juicio, y nos dejamos llevar más de la inventiva que de la razon, por el gusto singular de ver visiones..... Ya está descifrado el enigma, penetrado el arcano, despejada la incógnita, averiguado el secreto, deshecho el encanto y disipado el misterio..... En la berlina no va nadie, absolutamente nadie más que el cochero impasible y el lacayo impermeable, que pasean tranquilamente sus hermosas libreas. Es una excentricidad de lord Walbrook, que de ese modo se rie muy sériamente de nuestra necia curiosidad. La berlina del inglés nos ha puesto á todos en berlina.

Esta averiguacion, si podemos llamarla así, hizo fortuna, causando tres efectos distintos.

Unos quedaron desconcertados y macilentos ante la súbita desaparicion de un misterio que tanto los entretenia.

Otros se reian de buena fe, celebrando la ocurrencia del inglés, y envidiándole la suerte de haberla concebido.

Y algunos se irritaron contra aquella burla, pareciéndoles la broma de malísimo gusto, llegando á decir que no era lícito ofender de ese modo el orgullo de una nacion altiva. El espíritu de partido se apoderó de tan singular suceso, y se preparó una interpelacion en que el Gobierno quedaria á los piés de los caballos si inmediatamente no dirigia una nota enérgica al gobierno inglés pidiéndole explicaciones acerca de la conducta ofensiva del lord. Los más ejecutivos querian que inmediatamente se pusieran los pasaportes en manos del Embajador de Inglaterra, y no faltaba quien se habia propuesto tomarse la justicia por su mano, y buscaba la ocasion oportuna de armar camorra con el noble lord, vengando con una estocada dada ó recibida el ultraje que la vieja Inglaterra acababa de inferir á la moderna España.

Tal era poco más ó ménos el estado de lo que se llama opinion pública, cuando lord Walbrook, indiferente á tanta agitacion, se propuso adquirir á toda costa al triunfante *Bel-Khrer*. En el aislamiento de su vida carecia de las relaciones indispensables para

acercase á Lanuza, dueño del famoso *Chareb er' he*, y en su calidad de inglés no le era permitido dar por sí paso alguno sin ser formalmente presentado al dueño del caballo. Y no quería valerse de segundas personas en un asunto que interesaba á la par su amor propio de inglés y su manía de coleccionista, habiendo resuelto dirigir y manejar el negocio por sí mismo.

Todas sus relaciones se reducian al Embajador inglés, y se resolvió á visitar personalmente á su ilustre compatriota, representante en Madrid de la Gran Bretaña.

El honorable Sir mostró cierto asombro, sin traspasar los límites de la indiferencia inglesa, al ver ante sus ojos á lord Walbrook, y sonriendo muy formalmente, le dijo :

—Milord, algun grave asunto de Estado me consiente hoy el honor de veros aquí. Ó la política de la Gran Bretaña experimenta alguna repentina contrariedad, ó vuestra famosa coleccion de tipos necesita del auxilio, del poderoso auxilio, de la diplomacia inglesa; deseo saber en qué puedo servir á mi patria, ó en qué puedo servirlos.

Lord Walbrook oyó estas palabras haciendo una grave cortesía con distincion marcada, pero sin gracia alguna, y contestó :

—Honorable Sir, en cualquier parte del mundo donde hay un inglés, está Inglaterra, y servir á un compatriota, es servir á la patria..... porque el honor de un inglés es el honor de la Gran Bretaña. El asunto que me trae es de suma importancia, pues tiene cierto carácter de cuestion internacional, que bien merece la hábil intervencion de la astuta diplomacia.

—¡Ah! ¡sí! exclamó el Embajador, dándose una palmada en la frente.

—¡Oh! no os comprendo, añadió Lord Walbrook, dejando ver el limpio azul de sus ojos.

—Sí, prosiguió el representante de Inglaterra; no se habla de otra cosa.

—Justo, dijo el Lord..... Veo que poseeis toda la perspicacia que el cielo ha concedido á la raza de los grandes dominadores del mundo, á la raza inglesa, y que al primer golpe de vista habeis adivinado mi pensamiento.

—¿Cómo no, Milord? contestó el diplomático. Vuestra presencia en Madrid ha causado un efecto extraordinario, y están fijas en vos todas las miradas; no es, pues, muy difícil adivinar lo que todo el mundo sabe.

Lord Walbrook se encogió de hombros, diciendo :

—Explicaos, Señor, explicaos.

—Primero, replicó el Embajador, será más conveniente que yo oiga vuestro deseo, que yo sepa vuestra pretension. Milord, ¿no os parece así?

—Me parece muy bien, honorable Sir, y voy á sacaros de dudas. Mi deseo es muy sencillo; pretendo un imposible.

—Ya, os comprendo perfectamente. Queréis que tenga juicio una nacion de locos. Pretendeis que un inglés, un inglés ilustre, un inglés lord, aparezca en Madrid inesperadamente y no cause sensacion ninguna. Ciertamente, queréis un imposible.

—Muy bien, replicó Lord Walbrook; pero creo que no se trata de eso.

—Es lo mismo, añadió el Embajador; se trata de vuestra berlina.

—¡Oh! de mi berlina.

—Ciertamente.

—¿Estais seguro?

—Como soy inglés.

—Alguna relacion existe..... no lo niego..... pero, ¿qué tiene que ver mi berlina en el asunto que me trae á veros? Ademas, ¿qué berlina es ésa? porque tengo várias.

—Vuestra berlina misteriosa, contestó el Embajador..... la que pasea todas las tardes cerrada como un sepulcro, cuyo arcano ha movido la curiosidad pública de tal manera, que no se habla de otra cosa. Se han hecho várias suposiciones, y se ha llegado á creer que hospedais en vuestra casa á S. M. la reina Victoria, miéntras otros creen que S. A. el Príncipe de Gáles es el personaje incógnito que se alberga en vuestro silencioso palacio y pasea en vuestra misteriosa berlina.

Lord Walbrook oyó estas palabras con su inmutable semblante, y llevando la mano derecha á la boca, en la cual introdujo el dedo índice doblado por la mitad, dijo :

—Proseguid, proseguid..... es curioso lo que me contais.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA DE LA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

— Pues bien, prosiguió el Embajador; teneis á Madrid revuelto con vuestra berlina. La última especie que ha circulado es que en ella no va nadie, y que de esa manera os estais burlando de la curiosidad pública.

— ¡Oh! exclamó el Lord un poco suspensivo. Ignoraba cuanto acabais de decirme, y os juro que no tengo nada que ver en ese asunto.

— Pero bien, Milord, ¿qué capricho es el que hace que la berlina vaya siempre cerrada?

— ¡Oh! contestó; un capricho..... ¿comprendéis?

— Sí, comprendo; un capricho es una razon suprema, quizá la razon más poderosa contra la razon; pero yo supongo que no sois vos el que teneis semejante capricho.

— ¿Cómo?

— Quiero decir, que no sois vos el que pasea todas las tardes dentro de la berlina cerrada.

— No, ciertamente no, contestó Lord Walbrook.

— ¿Luego es otra persona?

— Sin duda alguna.

— Milord, ¿os habeis casado?

— No.

— ¿Alguna bella mujer ha encontrado el camino de vuestro corazon?

— Ninguna.

El Embajador comprendió que se habia excedido algo en sus preguntas, movido tambien por la curiosidad; así es que trató de disculparse, añadiendo:

— Perdonad, Milord; pero vuestra berlina mete tanto ruido, se habla tanto de ella, que deseaba saber si habria en ello algun secreto de Estado, que yo debiera indagar en servicio de Inglaterra ó en vuestro servicio.

Lord Walbrook se encogió de hombros con todo el aspecto del hombre á quien le parece completamente estúpido lo que está oyendo.

— De todas maneras, prosiguió el honorable Sir, como apartando la conversacion, no me negaréis que tengo derecho á saber el motivo que me proporciona el honor de vuestra visita.

—Ciertamente, contestó Lord Walbrook.

—¿Y bien?.....

—Ya os he dicho que deseo un imposible.

—En efecto, lo he oído.

—Me parece que algo más he dicho.

—Es verdad, exclamó el Embajador; me parece que también os he oído decir que alguna relación existe entre el motivo de esta visita y vuestra misteriosa berlina.

Consuprema formalidad añadió Lord Walbrook :

—Así es; existe entre ambas cosas una relación indudable, una relación estrecha.

—Hablad, Milord, hablad.

—Existe..... prosiguió el Lord meditando como quien trata de asegurarse de la exactitud de lo que dice, una verdadera relación..... esto es indudable; se advierte á primera vista..... ¡Oh! es evidente.

—Pero bien, ¿qué relación es ésa?

—Vais á saberla, señor Embajador. Existe entre el asunto de que voy á hablaros y la berlina de que acabais de hablarme, la misma relación exactamente que existe entre el caballo y el coche. ¿Me habeis comprendido?

—No, Milord; no acabo de comprenderos.

—Pues es bien sencillo. Me hablais de una berlina, que según vuestra misma expresión, mete mucho ruido, y yo vengo á que hablemos algunos instantes acerca de un caballo, que dicho sea en frances, está haciendo furor. Ya veis si la relación puede ser más íntima. Por una parte una berlina misteriosa, por otra un caballo prodigioso. ¿Me entendeis ahora?

—Sí, ya voy comprendiendo; y si teneis la bondad de explicaros más claramente, me proporcionaréis el singular honor de acabar de entenderos.

Lord Walbrook se recostó suavemente sobre el cómodo respaldo de la butaca en que estaba sentado, y dijo :

—Vos, señor Embajador, sois inglés, que amais sobre todas las cosas la gloria de nuestra noble Inglaterra. Pues bien, caballero, oído bien; Inglaterra está humillada.

—¡Qué decis! exclamó el Embajador.

—Digo que está humillada nuestra noble Inglaterra.

- ¿En qué?
 —¡Oh! en lo que funda uno de sus más legítimos orgullos.
 —¿En dónde?
 —Aquí, en Madrid.
 —¿Cuándo?
 —Hace pocos días.
 —¿Cómo?
 —¡Ah! ¡Cómo! De una manera increíble, pero de una manera cierta, indudable.
 El Embajador se quedó pensativo, y el Lord guardó silencio. Al cabo de algunos instantes dijo el primero:
 —Milord, si no acabais de enterarme, os juro que me quedaré sin entender ni una palabra de cuanto habeis dicho.
 —Pues es bien poco lo que me queda que deciros.
 —Decidlo.
 —Oid: *Bel-Khrer* ha vencido á *Ofelia*.
 Rascóse la frente el Embajador, y preguntó pensativo:
 —¿Quién es *Bel-Khrer*?
 —Un arrogante caballo árabe de la raza de Haymur. ¡Cómo! ¿lo ignorais?

- ¡Ah! sí. ¿Y *Ofelia*?
 —Mi yegua inglesa.
 —En efecto, añadió el Embajador; ahora lo recuerdo; fueron los dos caballos que se disputaron el premio en las últimas carreras.
 —Sí, y *Bel-Khrer* triunfó.
 —¡Y bien! ¿qué quereis?
 —Quiero volver por el honor de Inglaterra.
 —¿De qué manera?
 —Por de pronto, quiero poseer el caballo victorioso.
 —Milord, ese caballo no es mio.
 —Ciertamente; pero vuestra posicion os pone en el caso de facilitarme la ocasion de adquirirlo. Su dueño se niega á venderlo..... yo no conozco á nadie..... no trato á nadie..... y deseo ser presentado.....
 —¿A quién?
 —Al dueño del caballo. Esto es indispensable para tratar con él..... estoy seguro de convencerle.
 —No sois excesivamente persuasivo, añadió el Embajador; pero disponeis de una inmensa fortuna, y al fin el caballo será

vuestro. Mister Lanuza quedará convencido.

— ¡Oh! ¿tratais á Mister Lanuza?

— Mucho. Habla inglés detestablemente, pero al fin lo habla, y eso le ha conquistado mis simpatías.

— Presentádmelo, ó presentadme.

— Acudid esta noche á la embajada, y aquí lo encontraréis, porque hoy tiene cubierto en mi mesa.

— Aquí..... Uf..... mucha gente.....

— Entónces, dijo el Embajador con lentitud diplomática, como quien cree que va á poner el dedo en la llaga, será preciso que os lo presente en vuestra propia casa.

— Mejor, se apresuró á decir el Lord; mucho mejor.

— Os lo presentaré.

Los dos compatriotas se despidieron y se separaron ambos satisfechos de sí mismos, cada uno sériamente poseído de su grave pensamiento.

Lord Walbrook bajaba acompasadamente la ancha escalera de la embajada, diciéndose en voz alta y en correcto inglés :

— Sí..... Bel-Khrer será mio.

El Embajador se quedó meditando poco más ó ménos de esta manera :

— Muy bien..... yo mismo le llevaré á su casa á Mister Lanuza..... Tengo interes en ello, porque en buena diplomacia poseer un secreto es tener en la mano el hilo de una intriga, el elemento de un plan, el medio de llegar á un fin. Los sabios buscan los secretos de la naturaleza, y los diplomáticos debemos saber todos los secretos de los hombres. Sea lo que quiera, no se escapará á mi sagacidad el secreto que Lord Walbrook esconde en el fondo de la berlina misteriosa.

No tengo noticia de que el Embajador inglés llevára más allá de lo dicho sus astutas reflexiones.